



J. M. Guelbenzu
Asesinato en el
Jardín Botánico

DESTINO

Asesinato
en el
Jardín
Botánico

J. M.
Guelbenzu

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1577

© José María Guelbenzu, 2022
Autor representado por Casanovas & Lynch Agencia Literaria, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Primera edición: junio de 2022
ISBN: 978-84-233-6168-7
Depósito legal: B. 7.485-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Black Print CPI
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Un cadáver entre las palmas

Una buena crónica debe empezar atrapando al lector y más adelante será cuando tenga que dar un salto atrás para recabar información. Más adelante. Pero como yo no conozco el desarrollo de esta historia porque acaba de empezar, me voy a saltar la norma. Cuando yo escribía los reportajes que me dieron tanto crédito siempre lo hacía a toro pasado, a saber: conociendo toda la historia. Eso te permite elegir los momentos en que retrocedes cuando quieres fijar el contexto: ahora acción y emoción, ahora explicaciones. Así que voy a empezar por el contexto, ya que no tengo nada mejor.

El Real Jardín Botánico de Madrid es un paraíso vegetal en el centro de la ciudad y un sueño en primavera y verano. No cabe lugar más romántico ni mejor ubicación. Se fundó en 1755 por orden de Fernando VI a orillas del río Manzanares, pero el rey Carlos III tomó la determinación de trasladarlo al Paseo del Prado, su emplazamiento actual, en 1781. Se encuentra en una localización privilegiada, a continuación del Museo del Prado y frente al Observatorio enclavado en la punta sur del parque del Retiro. La entrada se hace por la plaza de Murillo, donde confluyen el Paseo del Prado y la calle Espalter, de pronunciada pendiente, que comunica con el parque del Retiro desde la calle

de Alfonso XII. El recinto se extiende desde el lateral sur del Museo del Prado hasta la cuesta de Moyano, una calle peatonal presidida por la estatua de Pío Baroja y, en su extremo opuesto, al desembocar en la glorieta de Atocha, por la estatua de Claudio Moyano. En ella, en pendiente se alinean, de una punta a la otra y pegadas a la verja que cierra el Jardín por el sur, las casetas de libreros de ocasión, muy concurridas los fines de semana. Mariana suele visitarlo desde que hemos llegado a Madrid, nuestras visitas al Jardín acababan rebuscando los dos entre los miles de libros que abarrotan los puestos.

He de reconocer que tras cada visita al Jardín los domingos yo acompañaba a Mariana por el plan del final de la mañana, a saber: la rebusca de libros en la cuesta de Moyano, a la que seguía un aperitivo en El Brillante que a veces se convertía en algo más consistente por la irresistible tentación de sus bocadillos de calamares, una de esas joyas de la gastronomía elemental madrileña, pero ella visitaba el Botánico por pura devoción. En la entrada que daba al Paseo del Prado, las plantas estaban distribuidas en tres terrazas. La más cercana al Paseo del Prado era la que contenía las plantas de exhibición, ornamentales o temáticas (la rosaleta, los tulipanes, las petunias...). Por encima de ella se extendía la terraza que representaba a las escuelas botánicas y se ordenaban con arreglo a los criterios científicos de clasificación de las plantas. Estas dos, conocidas como «de los cuadros», respondían al diseño neoclásico del siglo XVIII, más cartesianas; y sobre ambas se alzaba la tercera terraza, la favorita de Mariana por su estilo romántico isabelino propio del XIX; se conocía como la «del plano de la flor», y en ella se juntaban las plantas por su grupo taxonómico; las dos pri-

meras estaban a la vista y totalmente descubiertas, en la última, su estructura laberíntica y los setos la mantenían más recogida.

Paseábamos entre los parterres perfectamente cuidados, ella con verdadero placer, como si fuera la castellana de aquel jardín, las plantas y los árboles sus súbditos y yo su chambelán educadamente interesado en la flora traída de los cinco continentes por expedicionarios tan importantes como Malaspina o José Celestino Mutis, cuyas aventuras me interesaban más que el botín de naturaleza cobrado por ellos, fueran especies o láminas.

Mariana estaba cerca de cumplir los cuarenta y ocho o cuarenta y nueve años, no lo sé bien: lo que ella consideraba la puerta de entrada al decenio más comprometido en la vida de una mujer de hoy, lo mismo que antaño se consideraban los finales de los treinta la culminación de la desaparición física de la belleza femenina. La verdad es que Mariana seguía siendo una mujer de llamar la atención; a mí, desde luego. No era especialmente guapa, pero sí muy llamativa, una mujer de un metro setenta y cinco, de complexión robusta y porte atlético debido al ejercicio, esbelta, de piernas largas y bien musculadas con una imagen de mujer fuerte que imponía respeto; lucía un deslumbrante par de ojos negros como dos gemas de obsidiana en un rostro redondeado que se había ido afilando con el tiempo. Detestaba sus manos y pies grandes, pero a mí me parecían irresistibles. El conjunto de su cuerpo poseía un encanto y una armonía singulares, que era lo que la hacía atractiva, con un punto, además, de seducción y atrevimiento en su manera de ser. Era firme en el ejercicio de su oficio, pero desinhibida en el trato con los demás, especialmente con los hombres; saltaba

a la vista que era una mujer de carácter. Hay que decir que, en este inicio del siglo XXI, la belleza de la madurez femenina cotizaba al alza en la bolsa de la vida social. Ella seguía haciendo deporte e incluso había redoblado su exigencia: además de levantarse al alba para correr por el parque del Retiro —pegado a la zona donde nos habíamos instalado, concretamente en el llamado barrio del Niño Jesús—, dos tardes a la semana se había apuntado a un nuevo ejercicio físico llamado «zumba», que parecía una broma, pero que la mantenía en un peso envidiable y con una agilidad igualmente envidiable. Yo he de decir que sólo con verla salir de casa con su atuendo de *runner* (con el que seguía estando bastante sexy, por cierto) me entraban ganas de volverme a la cama: no estoy hecho para el ejercicio, sino para el estrés del periodista de la frontera, ése es mi verdadero método de adelgazamiento, pero he de reconocer que a ella le lucía más su ejercicio que a mí el oficio.

Había tomado posesión de su Juzgado de Primera Instancia e Instrucción en el edificio de los juzgados de la plaza de Castilla y a él se dedicaba en cuerpo y alma, como era su costumbre aunque, en mi opinión, le iba a resultar muy trabajoso mantener el prurito de llevar los asuntos al día; a efectos del ejercicio físico, Madrid no era la ciudad de G..., de donde veníamos, pero yo estaba seguro de que con el tiempo lograría adaptar su hábito al nuevo escenario; no he conocido persona más tesonera ni más combativa que Mariana, incapaz de retroceder ante cualquier reto. En principio, este carácter tendría que ser incompatible con la dulzura, el buen humor, la afectividad, la femineidad..., pero no era así. Su dureza sólo se reflejaba en el ejercicio de su profesión porque, como si se tratara de

un caso de desdoblamiento de la personalidad, una vez que salía del juzgado se transformaba en esa persona tierna, encantadora y sociable que yo tardé en conocer y que finalmente me atrapó sin remedio. Más o menos por esa época ya no se entregaba fácilmente, ni física ni emocionalmente como sí ocurriera en el pasado, pero en las raras ocasiones en que la empatía y el afecto entraban en juego, debía de ser —y lo digo por propia experiencia— una mujer inolvidable para aquel hombre o mujer, compañero o amiga, que tuviera ocasión de haber entrado en armonía con su intimidad.

Acceder a su intimidad era como asediar y tomar un bastión de su bien amurallada y defendida fortaleza. No lo digo por jactarme, sino, al contrario, para celebrar mi suerte. Su fortaleza intimidaba a propios y extraños, y aunque su cordialidad aparecía siempre al primer contacto, no solía pasar de ahí. De que el contacto la atrajera o no dependía todo lo que debiera seguir detrás. De hecho, me consta que había tenido numerosos amantes, pero no un compañero de vida, algo a lo que yo aspiraba. No necesito decir que estaba profundamente enamorado de ella, y ella..., en fin, yo le gustaba, eso era evidente, pero ante lo insondable de su complejidad y su elevada calidad moral, no me atrevería a afirmar que fuera reconocido por ella como el hombre de su vida, que así suele decirse, aunque me sentía querido. En fin, la paciencia es mi fuerte como en ella la firmeza de convicciones. Si alguien me pidiera que jurase que ella confiaba íntegramente en mí, no me atrevería a hacerlo; lo deseaba, pero no me atrevería a hacerlo, sinceramente. Todos tenemos heridas mal cerradas y cicatrices bien marcadas. A veces asomaban a sus bellos ojos negros unos destellos de oscuridad más profunda.

Más contexto: estábamos en Madrid y comenzaba ya una crisis económica de tamaño aún impredecible que amenazaba con llevarse por delante la seguridad y el confort en que habíamos vivido los últimos años. Comenzó con el colapso de la temida «burbuja inmobiliaria» que venía anunciándose con anterioridad, de la que todo el mundo hablaba como si se tratase de una amenaza suspendida en el aire y que finalmente reventó sobre la economía mundial en 2006 y que fue seguida por el hundimiento de las hipotecas *subprime*, un modelo de codicia empresarial que sembró el pánico en los países del área occidental el año siguiente. En la primavera de 2008, año en el que nos encontrábamos, la euforia del nuevo siglo se estaba transformando en frío y vértigo, y no había ni calor ni seguridad para la gente; todo lo contrario: la inseguridad agitaba el fantasma de la pobreza y el miedo empezaba a extenderse en la sociedad. Nos habíamos mudado a Madrid en un momento dramático, y si bien a Mariana no debía de afectarle en sus ingresos como funcionaria del Estado, mi caso era absolutamente preocupante. Las reacciones ante la situación oscilaban entre el más negro pesimismo de muchos expertos, la indiferencia de una parte de la población que pensaba que éste era un asunto ajeno y un optimismo irracional basado en el tradicional «nunca pasa nada».

Pero basta ya, porque me estoy desviando de mi primera intención, que era la de narrar un suceso criminal sorprendente; el relato de la investigación en marcha responde a un caso desconcertante, una muerte sucedida el día anterior en Madrid, y cuya instrucción se adjudicó al juzgado de Mariana. El suceso había causado sensación por lo insólito del lugar en el que apareció el cadáver de una mujer, perteneciente a

cierto club privado de amigos de los jardines con sede en Madrid al que no se debe confundir con la Asociación de Amigos del Jardín Botánico, oficial. El club acogía a un grupo de entusiastas de la jardinería que acostumbraban a reunirse habitualmente en un pequeño local del mismo barrio del Niño Jesús donde vivíamos para entregarse a comentar su afición favorita y poner en común sus logros florales. El club estaba presidido por el conde de Camarena, un aristócrata de la vieja escuela (o eso pretendía ser él) de porte más envarado que elegante, ya entrado en años y conspicuo mantenedor de concursos florales por el país, como si su dedicación al mundo vegetal no le pareciese suficiente. El club era una entidad privada en la que, bajo fachada, se desataban, como en todo este tipo de asociaciones de aficionados, los más gratos encuentros y supongo que, como es natural entre competidores, las más mezquinas pasiones. Pero basta de dilaciones. Confío en que esta breve introducción no haya anulado la atención del posible lector, si es que estas páginas ven la luz pública, cosa que dudo, porque maldita la gracia que le haría a mi juez y compañera.